

hombre por salvar á los hombres merece ser amado por vosotros. Sea este el asunto ordinario de vuestras meditaciones durante este santo tiempo. Decidle muchas veces á este divino Salvador con fervor como san Agustín: *Haced, Señor, que yo os conozca, y que me conozca á mi mismo.* ¡Qué confusion, buen Dios, y qué sentimiento no debo yo tener por haberos amado tan poco, divino Salvador mio!

2º. Poco importaria el que tuviésemos este sentimiento, si nuestra conducta no testificase nuestro amor. Probémosle desde hoy que le amamos por la resolucion que debemos tomar, de que no pase dia alguno de nuestra vida, si puede ser, sin hacerle una visita en el Santísimo Sacramento. Probémoselo por nuestra caridad con los pobres; todo el bien que les hiciéremos, le hacemos á Jesucristo: *Mihi fecistis.* Visitad por tanto á los pobres enfermos en los hospitales, y á los pobres vergonzantes en sus casas particulares. Visitad á los presos al menos una vez en la semana, y repartid limosnas entre los unos y los otros; esta caridad será una prueba de vuestro amor. Recibid á menudo á Jesucristo en la adorable Eucaristía; comulgad con mas frecuencia que lo ordinario durante el Adviento, y hacedlo cada vez con nuevo fervor. Es una práctica de piedad muy útil el rezar todos los dias, sobre todo en este santo tiempo, las letanias del santo nombre de Jesus (1) y las de la Virgen. En fin, no omitais nada para amar con fervor y con ternura á este divino Salvador, y á la que ha sido destinada para ser su madre.

(1) En España no se usan estas letanias del nombre de Jesus.

### CUARTO DOMINGO DE ADVIENTO.

El cuarto domingo de Adviento, que tambien se llamaba el primero antes de Navidad, debe excitar tanto mas nuestro fervor y nuestra devocion, cuanto mas cerca está de la solemnidad que exige todo nuestro zelo. Con este espíritu y con este fin ha dispuesto la Iglesia que preceda á este domingo el ayuno de las cuatro témporas, esto es, el ayuno del miércoles, del viernes y del sábado precedentes.

Llámanse cuatro témporas los ayunos que prescribe la Iglesia de tres en tres meses, el miércoles, el viernes y sábado de la misma semana, para consagrar las cuatro estaciones del año por la penitencia de algunos dias de ayuno; para pedir á Dios la conservacion de los frutos de la tierra, para darle gracias por los que ya ha concedido, y para obtener de él el que provea á la Iglesia en este tiempo en que se hacen las órdenes de ministros santos. Conociendo la Iglesia la flaqueza de sus hijos, ha querido darles á entender que no hay tiempo alguno en todo el curso del año en que les sea permitido relajarse ó interrumpir el ejercicio de la penitencia, porque en todo tiempo hay necesidad de purificar el alma con el uso frecuente de los sacramentos, con la oracion y con el ayuno; y esto es lo que ha movido á determinar tres dias de ayuno en cada una de las cuatro estaciones del año, los cuales se llaman las cuatro témporas. San Leon dice que esta observancia se ha fijado á las cuatro témporas ó estaciones, á fin de que esta sucesion



continua de tiempo con el círculo del año nos enseñase que continuamente tenemos necesidad de purificarnos, y que siempre debemos esforzarnos para porrar por medio de los ayunos y las limosnas las manchas que cuasi incesantemente contraemos durante la vida por la fragilidad de la carne.

Acaso no hay observancia que sea mas antigua en la Iglesia que la de las cuatro témporas, puesto que, segun el mismo santo, viene hasta nosotros desde los mismos apóstoles. En el antiguo Testamento habia ayunos determinados y fijos á ciertos meses del año. *He aqui lo que dice el Dios de los ejércitos, dice el profeta Zacarias: Los ayunos del cuarto, del quinto, del sétimo y del décimo mes, se convertirán para la casa de Judá en dias de regocijo y alegría, y en fiestas solemnes.* San Leon cree que estos ayunos, lo mismo que algunos preceptos morales, son del número de aquellas cosas santas y útiles que los apóstoles han querido conservar de la antigua ley para el uso de la Iglesia, pero por motivos mucho mas espirituales y mas perfectos que los del antiguo Testamento. Lo que en la ley antigua no era mas que una simple figura, continúa el mismo santo pontífice, ha cesado por la realidad en la ley nueva; mas en cuanto á los ayunos, como que nos son demasiado necesarios y sobremanera útiles, jamás ha pensado la Iglesia que cesasen. Añade que la Iglesia, conducida y dirigida por el Espíritu Santo, ha distribuido de tal modo el ayuno en las cuatro estaciones del año, á saber, las cuatro témporas de primavera en Cuaresma; las del estío en la octava de Pentecostés; las de otoño en el mes de setiembre; y las de invierno en el décimo mes, que todas ellas se hallan santificadas por la penitencia.

Los officios de la misa de estos tres dias de cuatro témporas de Adviento son particulares, y conformes al misterio y á la santidad de este tiempo. En la misa del miércoles de cuatro témporas se leen siempre dos epistolas, para dar á conocer, dice Alcuino, á los que deben ser examinados en este dia para recibir las órdenes el sábado siguiente, que deben tener un gran conocimiento de la santa Escritura. Las dos epistolas que se leen en la misa del miércoles de la tercera semana de Adviento, son tomadas del segundo y del sétimo capítulo de Isaías, en donde el Profeta habla claramente de la venida del Mesias, y de las grandes ventajas que con él deben venir á los hombres; y en las que predice que una Virgen será la madre de este Salvador. El evangelio que sigue á estas dos epistolas contiene la historia de la Anunciacion del misterio de la Encarnacion, hecha por el arcángel san Gabriel á la santísima Virgen, segun que la refiere san Lucas. La epístola de la misa del viernes siguiente se toma de la misma profecia de Isaías, donde predice que saldrá un vástago de la estirpe de Jesé, padre de David; que se levantará una flor de su raiz; y que el Espíritu del Señor reposará sobre ella. El evangelio del dia es lo que sigue al del miércoles precedente, donde san Lucas describe la visita que la santísima Virgen fué á hacer en las montañas de Judea á su parienta Isabel, embarazada de san Juan, pocos dias despues de haberla dejado á ella el ángel, despues de haber obtenido su consentimiento para la encarnacion del Hijo de Dios en su seno. En la misa del sábado de las cuatro témporas, que se llama tambien el sábado de las doce lecciones, porque antiguamente se acostumbraba en Roma leer en griego y en



latin las seis lecciones que todavía hoy leemos en esta misa, las primeras en gracia de los griegos que asistían al oficio, y que había en gran número en Roma, y las segundas para los latinos; se las contaba como doce lecciones porque cada una se leía dos veces en diferentes lenguas: todavía hoy, he dicho, se leen las seis lecciones latinas en la misa de este sábado: las cuatro primeras son tomadas de Isaías, cuya profecía no es propiamente mas que la historia profética del Salvador. La Iglesia ha creído mas conveniente tambien el componer los oficios del Adviento del libro de este profeta. La quinta epístola es tomada del profeta Daniel, comun á todos los sábados de las cuatro tómporas, en las que se refiere la maravilla de los tres niños del horno de Babilonia. La sexta es de la epístola de san Pablo á los fieles de Tesalónica. *Os rogamus, hermanos míos*, les dice, por Jesucristo nuestro Señor que debe venir, *y por la reunion que debe haber entre él y nosotros, que no os dejeis fácilmente arrastrar á creer de otro modo que creéis*. Aunque el Apóstol en este pasaje habla de la segunda venida del Hijo de Dios, la Iglesia le aplica á la primera para despertar la fe de los fieles. El evangelio del sábado de estas tómporas se reduce á la predicacion de san Juan, que comenzaba á ejercer sus funciones de precursor, ángel, ó enviado de Dios, para preparar los caminos, y disponer los ánimos á recibir al Mesías.

La misa de este cuarto domingo de Adviento, no es, hablando con propiedad, mas que una viva expresion del deseo ardiente que tiene la Iglesia de ver nacer á su Salvador, y conducir á todos los fieles á que celebren con dignidad y con fruto el dia de su nacimiento. Ella exclama con el Profeta en el introito

de la misa : *Cielos, enviad el rocío de lo alto, y tambien las nubes al justo, como una lluvia saludable. Abrase la tierra, y veamos aparecer al Salvador como vemos salir el tronco de su gérmen*. Estas palabras indican el transporte y la impaciencia de los profetas, y de los justos del antiguo Testamento, los cuales deseaban con todo el ardor de su alma la venida del Mesías.

La epístola que se lee en la misa es tomada de la primera carta del apóstol san Pablo á los Corintios, y mira á los ministros de Jesucristo, que son los dispensadores de los misterios de Dios, y los pastores de las almas. El Apóstol les exhorta en ella á que no hagan consistir su habilidad y su mérito en la doctrina, ni en el arte de bien hablar; sino en ser fieles en su ministerio, y en sostener la dignidad de su empleo por la regularidad y la santidad de su vida. La Iglesia, despues de haber exhortado á todos sus hijos á que se dispongan por la penitencia y la piedad para la venida del Salvador, se dirige, en especial este dia, á los ministros sagrados, y les exhorta á que se distinguan del resto de los fieles por su virtud, tanto como se diferencian por su carácter; y á que, ya que deben presentar al Salvador que nace los votos del pueblo en cualidad de ministros de Jesucristo, y sus primeros oficiales, nada omitan á fin de hacerse ellos mismos mas agradables á sus ojos, en las funciones sagradas de su ministerio.

El evangelio es el mismo que el del sábado precedente. Contiene la historia de la predicacion de san Juan Bautista, y de la primera funcion que desempeña en cualidad de precursor del Salvador, como lo cuenta San Lucas. El Hijo de Dios, esta verdadera



luz que ilustra á todo el que viene á este mundo, habia permanecido incógnito en Nazareth, y como oculto en la oscuridad de una vida privada, cuando Juan Bautista salió del desierto para prepararle los caminos; semejante á la aurora que precede al sol, y que da principio al día, no era él mismo la luz, pero estaba para dar testimonio de la luz. Este santo hombre habia pasado toda su juventud en la soledad, en el ejercicio de la penitencia mas rigurosa, sin otro alivio que el que gustaba en las dulzuras de la contemplacion. Se presentó, por fin, delante del pueblo de Israel á los treinta años de su edad, y el veinte y nueve de la de Jesus, que era el décimoquinto del imperio de Tiberio. En este tiempo fué cuando el primer heraldo del Salvador, este hombre nacido por milagro, este admirable solitario, oculto en el fondo de su desierto, recibió orden para que empezase á desempeñar su encargo.

El reino que Herodes Ascalonita habia poseido enteramente, estaba entonces dividido en cuatro principados. El primero y el mas considerable que era el de Judea, habiendo quedado sometido al imperio romano, despues del destierro de Arquelao, no hacia mas que una parte de la provincia de Siria. Fué este gobernado por Poncio Pilato, á quien los judíos daban el título de presidente, no obstante que los Romanos no le diesen mas que á los gobernadores en jefe; mas su gobierno era subalterno y dependia del de Siria, de suerte que no le tenia mas que como agente, ó por hablar segun el uso de los Romanos, como procurador de César: *Procurante Pontio Pilato Judæam*. Los otros tres tenian sus principes particulares que se llamaban simplemente tetrarcas,

que, segun su etimologia, significa un príncipe que posee la cuarta parte de un grande estado; pero se daba ordinariamente este nombre á aquellos principes pequeños que gobernaban con una autoridad soberana; y los evangelistas dan tambien alguna vez á Herodes, tetrarca de la Galilea, el nombre de rey que los Romanos le habian permitido tomar. Este Herodes era hijo del primer Herodes llamado el Grande, y poseía la Galilea, que era una parte de la Palestina, en los confines de la Samaria. Filippo su hermano reinaba del mismo modo en la Iturea y la Traconitis hácia el Septentrion; era esta una provincia situada hácia el nacimiento del Jordan, la cual habia hecho parte de la Siria. En fin, un tal Lisaniás, descendiente acaso de aquel otro Lisaniás que Marco Antonio habia hecho rey de los Itureos, mandaba en un trozo de la Celesiria, que se llamaba Abilina, entre el Líbano y el Antilibano. Por lo que mira á la religion, como los Romanos eran los señores de todo este estado conquistado, y como poseian la capital donde estaban el templo y la silla del gran sacerdote, es probable que disponian ellos á su gusto de las dignidades eclesiásticas; y que, queriendo contentar la ambicion desmesurada de Anás y de Caifás, los cuales pretendian uno y otro el pontificado, habian establecido la alternativa entre estos dos concurrentes, de los que el uno era suegro del otro, de modo que lo ejercian sucesivamente durante un año, lo cual se infiere por lo que dice el apóstol san Juan en el evangelio, que Caifás era gran sacerdote el año que Jesucristo murió. Era una época tan importante y tan distinguida la venida del Mesías, que se necesitaba no menos que un pormenor tan preciso de todas las cir-



cunstancias del tiempo, en el que se encontraba cumplido todo lo que los profetas habian predicho tocante á la venida del Mesías y de su precursor.

En este tiempo de desórdenes y de confusion en la religion y en el estado fué cuando se vió aparecer el precursor del Mesías, á quien los profetas habian llamado el Angel de Dios, este hombre santificado en el vientre de su madre, y cuya vida era un prodigio de santidad y de penitencia. Porque su vestido era un áspero cilicio, hecho de pelo de camello, que traia atado al rededor de los lomos, con un cinturón de cuero, con lo cual condenaba la delicadeza y el lujo. Por todo su alimento no tomaba mas que langostas sin condimento ni compostura, alimento muy comun entre los pobres en la Palestina, y miel silvestre de mal gusto, que hallaba en las aberturas de las rocas y en los huecos de algunos árboles. Su habitacion ordinaria era un espantoso desierto entre Jericó y Jerusalem, y de allí era de donde salia para allanar los caminos al Señor; esto es, para preparar los espíritus y los corazones á la venida del Salvador, predicando la penitencia con sus ejemplos y con sus palabras. Era él aquella voz poderosa que, segun Isaias, debia resonar en el desierto, y enseñar á los pueblos para que se dispusiesen para la venida de su Rey y de su Redentor. *La voz del que clama en el desierto, preparad el camino del Señor*, exclamaba el profeta Isaias, viendo ya desde entonces al santo precursor que, por tanto, se llama á sí mismo la voz del que clama en el desierto. Él es en efecto el que preparó los caminos á Jesucristo, preparando los pueblos á que le recibiesen como á su Salvador, y demostrándoles que él era el Mesías. Nada hay tan claro, nada

tan preciso, como lo que dice el Profeta con respecto á la venida del Salvador del mundo en este pasaje. Consuélate, pueblo mio, consuélate, dice tu Dios. El Profeta en este capitulo y en los siguientes nos describe la felicidad de los israelitas despues de la vuelta de la gran cautividad de Babilonia; sin embargo no es este el objeto que mas le ocupa. La venida del Mesías, su reino, el establecimiento de su Iglesia, la vocacion de los gentiles á la fe son sus miras principales. San Lucas fija el verdadero sentido refiriendo las palabras del Profeta con motivo del santo precursor: *hablad al corazon de Jerusalem, y decidle que sus males se han acabado, que sus iniquidades le han sido perdonadas. Dios va, por fin, á enviaros un Salvador*; yo oigo ya la voz de su precursor, continúa Isaias, que clama en el desierto, como su heraldo que anuncia su venida, y que dice: Preparadle los caminos para que entre en vuestro corazon, reformando vuestras costumbres, y rectificando vuestra conducta por la penitencia. Allánense todas las montañas, llénense todos los valles, enderécense todos los caminos torcidos, hágase practicable todo lo que está extraviado, áspero, escarpado. Es decir, que las almas tímidas tomen confianza, que las almas terrenas y materiales dejen de andar arrastrando por la tierra, y de hoy en adelante se eleven sobre todo lo que llena los sentidos; que todo espíritu vano y orgulloso se humille por la penitencia; en fin, que reine en todas partes la inocencia; y entonces todo hombre verá la salud enviada por Dios. El texto dice que *todos los valles serán exaltados y las montañas humilladas*, lo que en el sentido moral significa que el Salvador venia á humillar el orgullo del mundo, y confundir toda su falsa sabidu-



ria, eligiendo para fundar su Iglesia hombres simples, pobres é ignorantes; y la muerte misma en la cruz para salvar á los hombres. *Dios ha escogido lo que es flaco en el concepto del mundo para confundir lo que hay de mas fuerte en él*, dice san Pablo. La salud se ha ofrecido á todos los hombres, puesto que Jesucristo se ha encarnado, ha nacido, y ha muerto por la salvacion de todos los hombres; pero ¡cuántos rehusan la salud, ó Dios mio, que vuestra bondad les presenta! ¡O y cuán digno es de vuestra cólera el que desprecia vuestras bondades! Al paso que se acerca la fiesta de la Natividad, la Iglesia redobra sus convites y sus exhortaciones para mover á los fieles á que redoblen su cuidado y su fervor para ponerse en estado de recibir con santas disposiciones al Salvador de nuestras almas, sin las cuales nada importa celebrar su nacimiento, ni se tiene parte en sus dones.

*La oracion de la misa del dia es como sigue.*

Haced, Señor, brillar vuestro poder, y venid, os suplicamos, y socorrednos con vuestra fortaleza omnipotente, á fin de que vuestra misericordia infinita se apresure á darnos por vuestra gracia el auxilio de que nos hacen mas y mas indignos nuestros pecados. Vos que siendo Dios vivis y reinais con Dios Padre en unidad del Espiritu Santo por los siglos de los siglos. Amen.

*La epistola es del apóstol san Pablo á los Corintios cap. 4.*

Hermanos míos, cuidemos de que se nos mire como ministros de Jesucristo, y dispensadores de los misterios de Dios. Se pregunta ya si entre los dispensadores se halla alguno que sea fiel. Por lo que hace á mí, no me da gran cuidado el ser juzgado por vosotros, ó por el discernimiento

de los hombres; ni yo tampoco me juzgo á mí mismo. De nada, pues, me reconozco culpable, sin embargo no me justifico por esto; mas el Señor es el que me juzga. Así que, hermanos míos, no juzgueis antes de tiempo, hasta que venga el Señor, que iluminará lo que está oculto en las tinieblas, y manifestará los secretos de los corazones, y entonces se dará á cada uno la alabanza que merezca por Dios mismo.

La Iglesia ha elegido este pasaje de la carta del Apóstol, ya para enseñar á los que ha ordenado ayer sábado de las cuatro témporas, cuál es el ministerio que han recibido, y con qué santidad deben ejercer sus sagradas funciones; ya para representar á los fieles lo que san Pablo dice del último juicio, á fin de mezclar siempre la consideracion de la segunda venida del Hijo de Dios con la de la primera, como lo ha hecho el primer domingo de Adviento en la misa y en el oficio.

#### REFLEXIONES.

*Cuidemos de que se nos mire como ministros de Jesucristo, y dispensadores de los misterios de Dios.* Recuerden siempre á los fieles unos títulos tan gloriosos el respeto y la sumision que deben á aquellos á quienes Dios ha honrado con su sagrado ministerio; pero que no olviden estos nunca la humildad y la bondad con que deben servir á los fieles, en cuyo favor han sido honrados con el ministerio santo. ¡Buen Dios! ¡qué puras y qué fieles deben ser las manos que dispensan los sagrados misterios! ¡qué pureza de costumbres, qué integridad de conducta, qué tesoro de ciencia y de sabiduría, qué santidad no exige este carácter augusto, de los que le han recibido! Se trata de sostener los intereses de Dios y de los hombres, de con-



ciliar los derechos de su justicia y de su majestad, con los de su amor y de su misericordia. Se trata de la sangre de un Dios; temamos profanarla, dispensándola á pecadores impenitentes: pero es la sangre de un Dios muerto por los pecadores; temblemos cerrar estas fuentes saludables á los que quieren lavarse en ellas. Las personas consagradas al santo ministerio son unos ecónomos, cuya primera virtud es la fidelidad: fidelidad á Jesucristo, para no procurar mas que sus intereses; fidelidad á la Iglesia, para trabajar á sus órdenes con zelo y sumision; fidelidad á los pobres, para administrar su patrimonio con sabia economía; fidelidad á todos los fieles, para edificarles é instruirles. Sean todos los ministros de Jesucristo santos, como deben serlo, y muy pronto quedará el mundo reformado. De nada me conozco culpable, decia san Pablo, y sin embargo de esto no me justifico. Un apóstol á quien nada reprende la conciencia, no se atreve todavía á creerse justificado; ¿que es, pues, lo que nos asegura y nos tranquiliza? ¿Será nuestra inocencia, ó nuestra penitencia? ¡Ah! ¿quién sabe si nuestra tranquilidad es hija de aquella calma engañadora que da una falsa conciencia: no se teme, cuando con frecuencia todo hace temblar. No se teme porque no se ve el peligro; pero ¿está por eso mas lejos el precipicio? Temamos si hemos tenido la desgracia de ofender á Dios; aun cuando hubiésemos lavado los pecados con las lágrimas de la penitencia, temblemos todavía, y no cesemos de exclamar con David: Señor, purificadme de los pecados que no conozco. Tres juicios tenemos que sufrir: el juicio de este mundo, que debemos despreciar; el juicio de la conciencia, que nos hemos de guardar

de corromper; el juicio de Dios, que siempre debemos temer, y para el que nos interesa prepararnos.

*El evangelio de la misa es de san Lucas, cap. 3.*

El año décimoquinto del imperio de Tiberio César, siendo gobernador de la Judea Poncio Pilato; tetrarca de Galilea Herodes; Filipo su hermano tetrarca de Iturea, y del país de la Traconitis; y Lisaniás tetrarca de la comarca de Abilinia; en el pontificado de Anás y de Caifás, la palabra del Señor se dirigió á Juan, hijo de Zacarías, en el desierto. Y fué por todo el país que está á lo largo del Jordan predicando el bautismo de penitencia para la remision de los pecados, como está escrito en el libro que contiene lo que ha dicho Isaías profeta: la voz del que clama en el desierto, preparad el camino del Señor, hacedle sus senderos rectos. Se llenarán todos los valles, y se abatirán todas las montañas y todas las colinas; lo que no está derecho será rectificado, y lo que es escabroso se hará un camino llano, y toda carne verá la salud que viene de Dios.

#### MEDITACION.

SOBRE EL DESEO ARDIENTE QUE DEBEMOS TENER DE LA VENIDA DEL SALVADOR.

#### PUNTO PRIMERO.

Considera cuáles han sido en todo el tiempo del antiguo Testamento, los deseos ardientes y los votos de todos los santos patriarcas, de los profetas, de los justos por la venida del Redentor: le llaman, le invitan á que venga, le ruegan con empeño, con trasportes, con votos llenos de entusiasmo. Os suplicamos, Señor, que envíeis cuanto antes al que debéis enviar para salvarnos. Venid, Señor, como nos lo habeis prometido. Apresuraos, Señor, á venir, y no lo difrais por mas tiempo. O cielos, haced que descienda de lo alto el Salvador á manera de una lluvia.